

Roma estaba transformada; la eterna ciudad parecía próxima á arruinarse por falta de una dirección. Antes de la ejecución de los apóstoles, había sido descubierta la conjura de Pisón, á la que siguió una serie tal de condenas á muerte de los más conspicuos personajes de Roma, que aun aquellos que habían considerado á Nerón como un dios, le tenían ahora por el genio exterminador. El luto y el terror iban apoderándose de todos los corazones y de todos los hogares; pero con todo esto, habiéndose prohibido que fuesen llorados los muertos, los pórticos se adornaban siempre con hiedra y con flores. Todas las mañanas se preguntaban las gentes á quién tocaba aquel día dejar este mundo, y los cortesanos de César parecían espectros.

Pisón pagó la conjura con la cabeza; le siguieron Séneca, Lucano, Fenio Rufo, Plaucio Laterano, Flavio Scevino, Afranio Quineciano, y el desenfrenado compañero de orgías de César, Julio Senecio; igual suerte corrieron Próculo, Ararico, Tugorino, Grato, Silano, Próximo (á quien Neron había distinguido mucho) y Sulpicio Aspero. Algunos fueron condenados por su desatención, otros por sus riquezas ó por su valor. Asustado del número extraordinario de conjurados, César llenaba la ciudad de soldados, pudiendo decirse que la tenía sitiada.

Diariamente centuriones, mensajeros de muerte, penetraban en casas tildadas de sospechosas. Los condenados se humillaban con cartas aduladoras, en las cuales, dando gracias á Nerón por la sentencia condenatoria, le dejaban parte de su fortuna. Parecía que Nerón quería saber hasta qué punto se habían degradado los romanos y hasta cuándo estarían dispuestos á tolerar el sangriento dominio. Después de los conjurados, eran ajusticiados sus parientes, luego sus amigos y hasta sus simples conocidos. El que salía á la calle estaba seguro de encontrar gran número de cortejos fúnebres. Pompeyo, Cornelio, Marcial, Flavio Nepote y Estacio Domicio murieron, acusados de poco cariño á Nerón; Norio Prisco perdió la vida por haber sido amigo de Séneca; Rufo Crispo fué condenado al agua y al fuego como ex marido de Popea; el gran Tráseas pereció por su virtud extraordinaria; aquella matanza hizo desaparecer nombres y familias de nobilísimo origen; la misma Popea cayó víctima del furor de Nerón.

El Senado bajaba la cabeza ante la ferocidad del monstruo; ¡más aún!, erigía templos en su honor, ofrecía sacrificios en favor de la voz celeste, coronaba sus estatuas y destinaba sacerdotes á su servicio. Algunos senadores se presentaban en el Palatino, con el corazón palpitante, para alabar el canto del divino y para disfrutar con él en los banquetes, entre el vino, las flores y las mujeres desnudas. Pero en aquel abismo, en aquel terreno fecundado por lágrimas y sangre, brotaba cada vez más vigorosa la semilla que Pedro había esparcido.

«VINICIO Á PETRONIO

»¡Carísimo! Estoy enterado de cuantos sucesos importantes ocurren en Roma y el resto me lo comunican tus cartas. Arrojando al agua un guijarro, los círculos que la caída de éste produce se van extendiendo, y así la noticia de las locuras y del desorden que reinan en el Palatino llegan hasta Sicilia. En su viaje á Grecia Carino fué enviado aquí por César; saqueó templos y ciudades para llenar la caja del Tesoro, vacía. Construyó la *casa de oro* en Roma con el sudor y las lágrimas del pueblo, y así como el mundo no había visto nunca una casa semejante, tampoco habrá jamás asistido á una injusticia tan grande. Conoces á Carino; Quilón se le asemejaba y pagó todos sus actos con la muerte. Las ciudades próximas á ésta no han sido visitadas por la gente, pues no hay en ellas ni templos ni tesoros. Me preguntas si estamos fuera de peligro. ¡Estamos olvidados! Creo que te bastará con esta contestación. Desde el pórtico, donde te escribo, contemplo una bahía tranquila y á Ursus que, en una barquilla, está pescando en la red. Mi mujer hila cerca de mí la roja lana, y en el jardín, á la sombra de los almendros, cantan mis esclavos. ¡Oh qué quietud, queridísimo! ¡Qué gran compensación á todos los sufrimientos y todos los terrores de otro tiempo! Pero ya no son las Parcas, como tú escribes, las que devanan el hilo de nuestra vida. ¡Oh, no! ¡Es Cristo solo, que todo lo rige, nuestro Dios y Salvador! No obstante, las lágrimas y las ansias nos son conocidas, pues Cristo nos enseña á llorar con los desgraciados; pero esas lágrimas encierran consuelos que tú no puedes sentir, porque después de esta vida veremos á todos aquellos que han muerto ó han de morir por la divina verdad. Pedro y Pablo, para nosotros, no han muerto; han pasado á vida mejor; nuestras almas les ven, nuestros ojos lloran, pero nuestros corazones participan de su dicha. ¡Oh sí, amigo querido, somos felices, gozamos de una felicidad indestructible, porque la muerte, que para ti es el fin de todo, para nosotros no significa más que el paso á un descanso perfecto!

»Y en la paz del corazón transcurren para nosotros los días y los meses. Nuestros siervos, nuestros esclavos, creen, como nosotros, en Cristo y saben que su ley es amor; por esto se aman todos mutuamente. Al ocaso, ó cuando la luna se refleja en las aguas, Licia y yo hablamos frecuentemente de los tiempos pasados, que ahora nos parecen un sueño. Cuando recuerdo que mi adorada criatura estuvo tan cerca del martirio y de la muerte, no ceso de alabar al Señor, el único que pudo salvarla de aquel horrendo peligro, arrancarla de la arena y devolvérmela para siempre. ¡Oh, Petronio, tú has visto cuánta fuerza y cuánto consuelo presta nuestra religión en el infortunio y cuánta paciencia y cuánto valor en la muerte; ven á presenciar la felicidad que derrama en la vida diaria y familiar! Hasta ahora, no conociendo los

hombres un Dios digno de ser amado, no se amaban ni siquiera entre ellos, y este era el origen de todas las desgracias; pues así como la luz procede del sol, así la felicidad depende del amor. Ningún legislador, ningún filósofo enseñó esta verdad, y por esto no pudo ser conocida en Grecia ni en Roma, y si digo Roma, me refiero al mundo entero. La doctrina fría y austera de los estoicos endurece el corazón, no lo mejora, sino que en cierto modo lo embota. Pero ¿a qué viene decirte esto á ti, que sabes mucho más que yo y que tienes gran ingenio? Tú conociste á Pablo de Tarso y más de una vez conversaste con él; sabrás, pues, que toda la ciencia de los filósofos y de los retóricos, comparada con su doctrina, no es más que vana palabrería, vana y sin importancia alguna. ¿Recuerdas la pregunta que te hizo? «Si César fuese cristiano, ¿no os sentiríais más tranquilos respecto á vuestros bienes, más libres de inquietud, más seguros del mañana?» Me dijiste que nuestra religión era enemiga de la vida. ¡Oye ahora mi respuesta!

»Si desde el principio de mi carta no hubiese repetido más que estas dos palabras: «¡Soy feliz!» no habría expresado aún toda mi felicidad. Me repetirás que mi felicidad consiste en Licia. Mucha verdad, amigo, porque yo amo su alma inmortal y nos amamos recíprocamente en Cristo; para este amor no existe separación, no existe mudanza, ni existen la edad ni la muerte. Cuando la juventud y la belleza desaparezcan, cuando nuestros cuerpos estén encorvados y se acerque á grandes pasos la muerte, nuestro amor permanecerá, porque el alma es imperecedera. Antes de que mis ojos se abrieran á la luz, hubiera quemado hasta mi casa por Licia, pues bien: entonces no la amaba aún; sólo Cristo me enseñó á amar. En Él se encuentra la fuente de la paz y de la felicidad. No soy yo quien lo afirma; la verdad lo demuestra. Compara tus placeres y la intranquilidad que producen, tu felicidad y el incierto porvenir, tus orgías, con la vida de los cristianos, y darás con la respuesta justa. Para poder juzgar aún mejor, ven á nuestras montañas, donde el tomillo perfuma el aire, á nuestros umbrosos bosques de olivos, á nuestras playas florecientes. Paz como nunca la has sentido te espera aquí, y corazones cariñosos te desean. Tú, tan noble, merecerías ser feliz; tu inteligencia despejada reconocerá en seguida la verdad, y una vez reconocida, sabrá amarla como se merece: se puede ser enemigo de la verdad, como lo son César y Tigelino, pero no se puede permanecer indiferente ante ella. ¡Oh, Petronio querido, nos consolamos con la idea de que pronto te veremos! ¡Salud, felicidad y no tardes en venir!»

Petronio recibió esta carta en Cumas, adonde se había trasladado con otros cortesanos, siguiendo á César. Su larga lucha con Tigelino iba á tocar á su fin; Petronio sabía que había de caer y no se le ocultaba la razón.

Descendiendo César cada día á más bajo nivel en su carácter de bufón, de comediante y de auriga, y entregado á orgías triviales é indecentes, era natural que el delicado *arbiter* fuese para él un estorbo y un peso insoportable. En el mismo silencio de Petronio descubría Nerón la censura, y en sus elogios temía la ironía. El elegante patricio ofendía su amor propio, despertando al mismo tiempo su envidia; las riquezas y los espléndidos objetos de arte que poseía Petronio incitaban los deseos de Nerón y de su omnipotente ministro. Si aún vivía el *arbiter*, esto era debido únicamente al viaje á la Acaya, porque allí, más que en parte alguna, había de ser útil su delicado gusto y su perfecto conocimiento de las costumbres y del espíritu griego. Tigelino, sin embargo, no cesaba en su intento de persuadir á César de que Carino superaba al *arbiter* en buen gusto y en distinción y de que era el más indicado para dirigir los espectáculos en la Acaya y organizar las fiestas para el recibimiento y el triunfo. Podía decirse que Petronio estaba descartado, si bien no se había firmado aún su sentencia de muerte; así Nerón como Tigelino sabían per-

fectamente que aquel ingenio, en apariencia tan afeminado, que hacía de la noche día, que no se ocupaba más que de arte, de placeres y de fiestas, había demostrado extraordinaria energía y admirable fuerza de voluntad, primero como procónsul en Bitinia y luego como cónsul romano; por esto le consideraba capaz de reaccionar, sobre todo sabiendo que en Roma gozaba no sólo del cariño del pueblo, sino también del afecto de los pretorianos. Ningún confidente de César podía prever cómo obraría Petronio en ciertos casos, por lo cual todos estimaban oportuno hacerle salir de la ciudad, para darle luego el golpe de gracia en cualquier provincia lejana.

Al efecto recibió la invitación para que se trasladase con otros cortesanos á Cumas. Presintió el fin que le esperaba, y fué, sin embargo, quizá por no resistirse abiertamente, quizá para mostrar á César y á los cortesanos una vez más su rostro risueño y sereno, ó quizá para obtener la última victoria sobre Tigelino antes de morir.

Éste le había acusado de amistad con el senador Scevino y de haber sido el alma de la conspiración de Pisón.

Los esclavos de Petronio que habían quedado en Roma fueron detenidos y su casa cercada por los pretorianos. Al oír estas tristes noticias no dejó traslucir ni la menor inquietud, ni siquiera la sombra de una emoción; pero vuelto hacia los cortesanos que habían ido á visitarle á su espléndida villa, dijo sonriendo:

— El *Enobarbo* no quiere que se le hagan preguntas directamente. Veréis, pues, su confusión cuando yo le pregunte quién ha dado la orden de arrestar á mis siervos en Roma.

Después les invitó á un banquete para antes de emprender «el largo viaje;» estaba ocupado en los preparativos cuando le entregaron la carta de Vinicio, la cual le dió bastante que pensar; pero bien pronto, recobrando su habitual expresión serena, le respondió aquella misma noche:

«Me llena de satisfacción vuestra felicidad y admiro vuestros corazones, pues nunca hubiera supuesto que dos enamorados se acordasen de una tercera... y lejana persona. Tú no sólo no me has olvidado, sino que tratas de convencerme de que debo ir á Sicilia para poder compartir con vosotros vuestro pan y vuestro Cristo, el cual, como me aseguras, os ha proporcionado tanta felicidad. Si es verdad esto, adoradlo. A mi entender, á la salvación de Licia han contribuido en mucho Ursus y el pueblo romano; pero ya que supones que fué Cristo quien hizo el milagro, no quiero contradecirte. ¡Ofrécele ricos dones! Prometeo también se sacrificó por los hombres; mas ¡ay!, temo que esta sea una invención del poeta, mientras que personas dignas de fe me refirieron que habían visto á Cristo con sus propios ojos. En esto estoy de acuerdo contigo, al afirmar que es un Dios respetabilísimo.

»Recuerdo la pregunta que me hizo Pablo de Tarso, y creo que si el *Enobarbo* siguiese la doctrina cristiana, yo tendría tiempo para ir á visitarte á Sicilia. Y entonces podríamos, á la sombra de los árboles, entre el perfume de las flores, á orillas del mar azul, conversar acerca de los dioses y discutir sobre las verdades enunciadas por los filósofos griegos. Pero ahora, en cambio, me veo obligado á enviarte una respuesta muy breve.

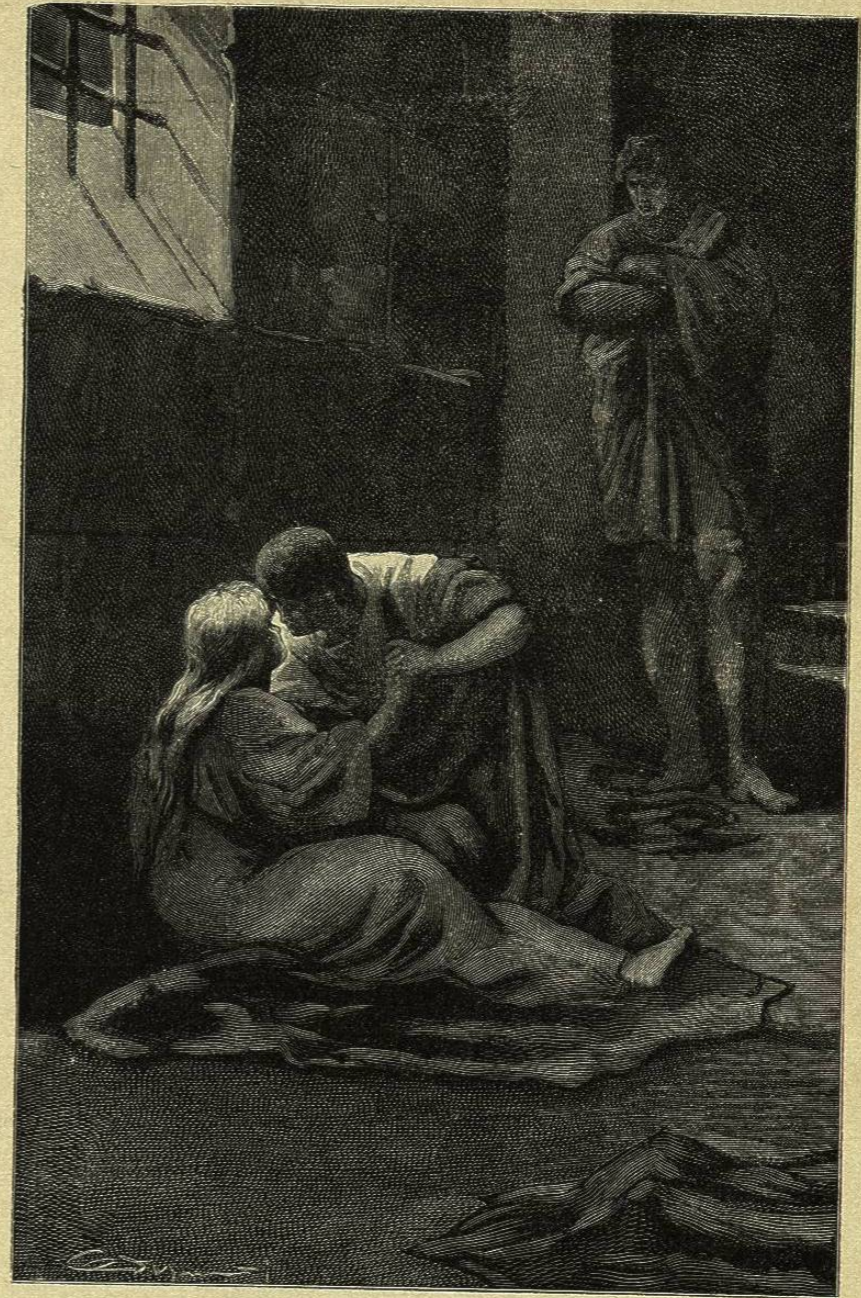
»Yo no me cuido más que de dos filósofos: Pirro y Anacreonte. Todos los demás, incluso los estoicos griegos y romanos, te los regalo de muy buena gana. La verdad, Vinicio, reside en regiones tan altas, que ni siquiera los dioses, desde la cumbre del Olimpo, alcanzan á verla. Tu cima parece que está aún más alta y desde tu pedestal me gritas: «Ven y verás las cosas bajo una luz que no conoces.» ¡Pudiera ser! Pero te respondo: «No me siento con fuerzas para viajar.» Y cuando hayas aca-

bado de leer esta carta, comprenderás que tengo razón. ¡No, esposo feliz de la princesa Aurora, tu religión no es para mí! ¿Podría amar á los betineses que cargan con mi litera, á los egipcios que me calientan el agua para el baño, ó á Nerón, ó á Tigelino? ¡Te juro, por las rodillas de las Gracias, que, aunque quisiera, no podría! En Roma hay por lo menos cien mil personas que tienen ó una desviación de la espina dorsal, ó las rodillas demasiado pronunciadas, ó las piernas extremadamente delgadas, ó la cabeza excesivamente grande. Pues bien: ¿me obligarías á amar también á esos seres? ¿Dónde puedo encontrar el amor, si no existe en mi corazón? Y si Dios quiere que los ame á todos, ¿por qué, en su omnipotencia, no les dió, por ejemplo, las formas de los hijos de Niobe, que viste en el Palatino? Quien ama lo bello, por esta misma razón no puede amar lo feo. Aun sin creer en nuestros dioses, se puede amarlos, como hicieron Lidia, Praxiteles, Mirón, Escopa y Lisias.

»Suponiendo también que quisiera seguir tus consejos, no podría hacerlo; pero como no quiero, mi imposibilidad es doble. Tú, como Pablo de Tarso, crees que encontrarás á tu Cristo, después de la muerte, en algún Campo Elíseo. Pues bien; pregúntale si está dispuesto á recibirme con mis vasos preciosos, con mis libros publicados por Socio y con mi Eunica de los cabellos de oro. Este pensamiento no me parece admisible, porque Pablo me dijo que por el amor de Cristo era necesario renunciar á las guirnaldas de rosas, á los banquetes y á todos los placeres. Verdad es que á cambio de todo esto me prometió otra felicidad; pero yo le aseguré que me sentía demasiado viejo para alterar mis costumbres, que las rosas me entusiasmaban, y que prefería el perfume de violeta á las pestíferas exhalaciones de la Suburra. Quedan expuestas las razones que bastan para persuadirte de que tu felicidad no se ha hecho para mí. Además, debo decirte otra cosa: ¡me esperan en el reino de las sombras! Para ti acaba de asomar la luz del día; en cambio, mi sol corre á su ocaso y se acerca el crepúsculo; en otros términos: ¡voy á morir, queridísimo!

»No vale la pena de extenderme en otras consideraciones: debía acabar así. Tú, que conoces al *Enobarbo*, comprenderás en seguida cómo están las cosas. Tigelino ha vencido, ó mejor dicho, mis victorias han terminado. He vivido como me plugo siempre, y quiero morir á mi gusto. No te afijas mucho por mi suerte. Ningún dios me prometió la inmortalidad, y por lo mismo no me aguarda ninguna sorpresa. Por lo demás, querido Vinicio, estás en un error al afirmar que sólo tu Dios enseña á los hombres á morir tranquilamente. ¡No! Mucho antes de que tú nacieras, la gente como nosotros sabía morir, después de haber apurado hasta las heces el cáliz de la vida; y esta ciencia se conoce aún. Platón dice que la virtud es una música y la vida del sabio una armonía. Si esto es verdad, yo moriré como he vivido..., ¡virtuosamente! Quisiera despedirme de tu divina esposa con las mismas palabras con que la saludé en casa de Aulo: «¡He visto muchas, pero ninguna semejante á ti!» Si el alma es algo más que lo que suponía Pirro, la mía volará á través del Océano hacia ti y hacia Licia bajo la forma de una mariposa, ó según la creencia de los egipcios, en la figura de un pajarillo. En otra forma, no puedo ir.

»¡Os deseo que la Sicilia sea para vosotros el jardín de las Hespérides, que los dioses silvanos cubran de flores vuestro camino y que blancas palomas construyan sus nidos sobre cada columna de vuestra casa!»



Por fin te veo; no dudaba de que vendrías. — (Pág. 350.)